

DEDICATORIA

Este número 2 del volumen IV de NEFROLOGÍA está dedicado al doctor César Llamázares Ortega. Entre las razones que nos han movido a dedicarle este homenaje, propuesta del Comité de Redacción de NEFROLOGÍA que ha tenido una fervorosa acogida por parte de todos a quienes se ha hecho partícipes del proyecto, figuran, sin duda, su personalidad como nefrólogo, como cabeza visible y responsable último de uno de los Servicios más activos del país, como vicepresidente de la SEN, un puesto que pocos alcanzan y supone un reconocimiento explícito de méritos al accederse a él por elección. Sin embargo, para quienes tuvimos el privilegio de tratar a César íntimamente estos títulos quedan oscurecidos por el recuerdo de su personalísimo estilo vital. Creo que éste queda bien reflejado en el currículum que con su firma al pie presentaba en 1966 al aspirar a una plaza de formación de graduado en la Clínica de la Concepción. Mostrarle tal como fue es quizás la mejor manera de elogiarle.

«Soy moreno, tengo una cabeza grande con ojos redondos y mido un metro con ochenta y tres centímetros. Teniendo en cuenta que cuando nací en León el 14 de octubre de 1943 no debía medir más de medio metro, puedo decir que, en estos casi veintitrés años, crecer y unas pocas cosas más han constituido mi principal empleo del tiempo.

Aunque mis padres son propensos a negarlo creo saber que fui un niño mimado. Era el primer hijo de mis padres, el primer nieto de mi abuelo y el primer sobrino



de mis tíos. Esto ha debido influir bastante en mi vida, pues sin haber sido sedentario, siempre fui un niño formal que sacaba buenas notas, me aburría en los recreos del colegio de frailes donde hice el bachillerato mientras mis compañeros jugaban al fútbol y que prefería leer o dibujar sólo en casa a salir a la calle.

Tenía facilidad para el dibujo y sobre todo muchas ganas de leer. Me eduqué en el positivismo científico de Julio Verne y cogí gusto a las cuestiones biológicas con unos libros de divulgación que encontré en casa. Más tarde me interesé más seriamente por la literatura y cuando acabé el bachillerato había leído bastante más que mis compañeros de promoción.

Cuando en octubre de 1960 llegué a Madrid para estudiar la carrera era lo que suele considerarse un chico deportista que había nadado y esquiado mucho, que había recibido un premio por haber acabado el bachillerato con el mejor expediente académico de mi promoción y que sobre todo tenía una gran curiosidad por todo lo que pudiese significar para mí, entonces, la cultura y un verdadero interés por la carrera de medicina que había elegido por mis aficiones a la biología y por creer que no sabría quedarme sin actuar ante un enfermo, después de todo mi padre es médico y desde pequeño era consciente de la existencia de la enfermedad.

Viví los cuatro primeros años de la carrera en el Colegio Mayor Diego de Covarrubias participando bastante activamente en la vida colegial. Fui durante tres años encargado del Cine-Club, participé el año 1962 en un seminario sobre temas médicos con dos charlas sobre anatomía y fisiología del aparato respiratorio. Gané el año 1963 el primero y segundo premios del concurso literario que se organizaba todos los años en el colegio y escribí varios artículos científicos («El evolucionismo hoy», «El universo en expansión») y literarios para la «Revista Oral».

He estudiado con discos inglés y francés y he estado casi tres meses, en varias ocasiones, en Francia y mes y medio en Inglaterra. Ahora, después de haber leído mucho en francés y en inglés, puedo decir que conozco muy bien el francés y bastante bien el inglés.

La carrera ha sido, sin embargo, preocupación central para mí durante este tiempo. He estudiado bien y he tratado siempre de ampliar estudios consultando el mayor número posible de libros. Mis notas no han sido brillantes, sólo he tenido una matrícula, pero siempre aprobé en junio las asignaturas, excepto en cuarto curso en que no pude examinarme en junio por motivos no académicos.

Siempre me preocupé por la carrera y en segundo curso dí, en la cátedra del profesor Orts Llorca, una lección sobre relaciones y vascularización del recto. El tercero fui alumno interno en el Servicio de Neurología (doctor Jimeno) de la cátedra de Patología General del profesor Casas. Al año siguiente hice prácticas en la Clínica de la

Concepción (est. 5.^a) y en quinto curso fui interno en la cátedra de Patología Médica del profesor Díaz Rubio.

Durante este último curso no pude hacer prácticas por haber tenido que resolver mi servicio militar.

Me casé hace casi dos años y ahora tengo una hija de seis meses.

Debo decir que entrar como médico interno en la Clínica de la Concepción es desde hace unos años una de mis mayores ilusiones, ya que creo que me será fundamental para mi preparación como buen médico que espero llegar a ser.»

El frescor, la naturalidad y el talento que destilan de cada línea pueden mejor ser apreciadas si se considera el momento en que fueron escritas. Un recién graduado para atreverse a escribir una semblanza de sí mismo como ésta para optar a un puesto que habría de decidir su futuro había de tener una personalidad muy distinta de la media.

Después de cinco años en la Fundación Jiménez Díaz, dos de medicina interna y tres de nefrología, en 1971 se traslada a Santander. Primero pone en marcha un mini-servicio en la residencia de Cantabria, en seguida otro más grande en el ya unificado Centro Marqués de Valdecilla, reúne un grupo notable de colaboradores médicos y ATS, organiza en 1973 la VII Reunión de la SEN que marcó un hito en las reuniones nacionales; a partir de

aquella ya siempre habían de ajustarse a los nuevos moldes. Diseña un plan regional para el tratamiento de las enfermedades renales en Santander y poco después pone en marcha uno de los programas de trasplante más activos de nuestro país —también de Europa—, organiza cursos, explica en la Universidad, alienta el desarrollo de proyectos serios de investigación clínica y básica y aún tiene tiempo para otras cosas...

El cambio en la Sanidad Española le lleva al puesto de máxima responsabilidad de su hospital, desestima ofrecimientos de cargos a nivel del Estado porque quiere demostrar con el ejemplo de su propio Centro que sus ideas son posibles.

El día 7 de diciembre de 1983 un trágico accidente pone fin a la vida de un hombre que había dado mucho, pero del que se esperaba mucho más.

Los hombres excepcionales —César sin duda lo fue— además de por su obra mejoran su entorno por su capacidad de influencia. Si en algo puede verse mitigada la intensidad de nuestra pena, por pérdida tan importante, es en la esperanza de que en las generaciones más jóvenes prenda su ejemplo y la carrera de la antorcha, brutalmente detenida, siga cada vez más deprisa y cada vez más alta.

Luis Hernando Avendaño